

Libros

Informe médico

Título: *Informe Médico*

Autor: *Vicente Lecuna Torres**

Editorial: *Literatura Mondadori*

Caracas, 2006

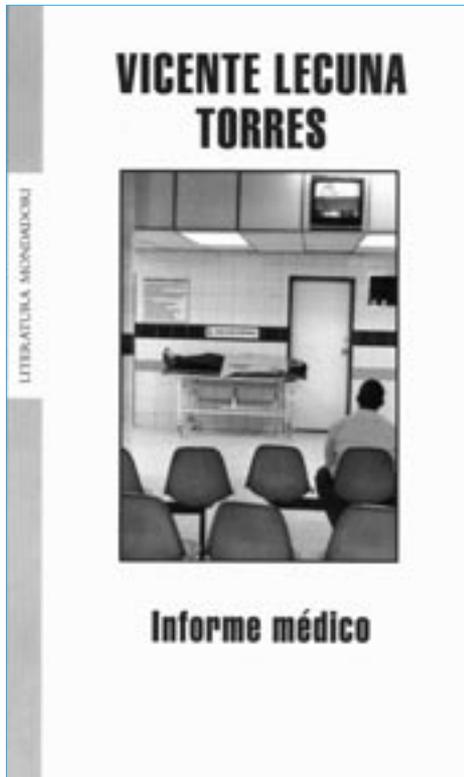
El título del libro puede confundir a quienes tienen la expectativa de encontrarse con unas estadísticas pormenorizadas del estado de la salud nacional o de la situación de nuestros hospitales. La obra del doctor Lecuna está más cerca de las historias de vida y del anecdotario de la comunidad médica en su ejercicio cotidiano que de las memorias y cuentas de las instituciones de salud. Este es el informe crudo y rudo sobre los casos médicos que nadie quiere conocer de primera mano, que uno supone que solamente le tocan a los demás, hasta que llega el momento. Alejar a la muerte es el objetivo de la medicina. Sin embargo, una serie de circunstancias nacionales, por llamarlas de alguna manera, dan al traste con este proyecto. Por error, distracción, desilusión, carencias, clasismo, racismo, sexismo, a veces la medicina se contradice y convoca a la muerte, a pesar de la voluntad de los que tienen las mejores intenciones. A través del prólogo en que se autopresenta el autor y algunos textos escogidos, que anexamos a continuación, queremos estimular a nuestros lectores, para acercarse a esta intrahistoria de nuestro sistema de salud y de sus falencias, sobre todo éticas.

PRESENTACIÓN

Al poco tiempo de recibir el título, durante el internado, comencé a tomar nota de algunas extrañas dificultades burocráticas, como la que encontró la señora Rosa en el Servicio de Ginecología del Hospital Universitario. La señora Rosa convalecía favorablemente de una cura operatoria por un prolapso vesicovaginal pero no lograba egresar por culpa de una inesperada secuencia de dificultades normativas

y reglamentos enredados. Cambiar estos reglamentos resultaba tan complicado como modificar, hoy en día, las normas que rigen la Orden Hospitalaria y Militar de los Caballeros de San Juan de Jerusalén, los reglamentos del archipiélago Gulag; las reglas de la Stasi, o las de la Congregación Mariana que los jesuitas utilizaron, hasta mediados del siglo XIX, para descubrir la vocación de sus elegidos, método suplantado, años después y lentamente, por los ordinarios del Opus, hacia quienes guardaban una enemistad conceptual parecida a la que tuvieron con los dominicos por los ritos malabares al sur de la India, las tradiciones confucionistas en China y con los variados y dispares shogunatos, entre los siglos XVI y XVII. Los jesuitas perdieron todos estos casos y resultaron expulsados en cada ocasión por orden del papado, igual que ocurrió, años después, con el supuesto experimento comunista de la Provincia de Misiones, al norte de la Argentina actual y en pleno Paraguay de antes.

Seguí recogiendo, de manera desordenada, en tarjetas o servilletas, las situaciones que parecían irreales en la práctica médica, y luego las tiraba en una carpeta. Hace pocos años, por una mudanza, encontré esa carpeta, releí las notas y decidí publicarlas. Ordenarlas en orden cronológico resultó una tarea difícil, porque no recordaba cuándo había ocurrido cada cosa. Comencé alternando las divertidas con las tristes y las cortas con las largas. Algo parecido a reconstruir una carta vieja en papel delgado azul comido por el comején, un espejo roto, integrar la felicidad con la tristeza, cambiar una foto de alto contraste para acentuar detalles, o convertir el blanco puro en



negro pizarra. También traté de poner las notas en varios conjuntos, conectarlas entre sí, estructurar una trama o hilo que uniera algunos momentos de mi vida como neurólogo, pero no encontré conexión posible, aparte de una oculta persistencia de la tristeza en todas ellas, hasta en las cómicas.

Meses después, al revisar las galeras, tropecé con dos sorpresas: ninguna nota resultaba francamente divertida, y sólo las mujeres llamaban a la emoción. En realidad la mayoría de los comentarios de los médicos pertenecen al humor negro, que sirve para aliviar la tensión normal de la práctica, que sirve igual que tomar dos tazas grandes de *expresso* bien concentrado, igual que disolver un estimulante bajo la lengua luego de una guardia de 24 horas, para redoblarla y continuar otras 24, igual que aspirar hondo un tocón de colilla apagado, encendiendo la punta con otra punta, para luego tirarlo por la ventana o dejarlo caer en un vaso, igual que tomar un somnífero ultrarrápido para dormir exactamente las cuatro horas del descanso y después tomar otras dos tazas de *expresso*, igual que experimentar el más reciente estimulante neurológico producido por la industria suiza para mantenerse alerta durante la presentación de casos clínicos en la revista matutina.

Hice las modificaciones del caso para que ninguna persona pudiera ser reconocida por el lector. Es posible que cada personaje sólo se encuentre en su autor. También descubrí entre las notas muchos textos en los que predomina la compasión, el cariño, la comprensión, la humanidad y la solidaridad. El problema es que estos relatos no me atraen. Las buenas noticias tampoco. Por eso los dejé de lado.

I

Despertó a las tres de la mañana por el insistente ruido del timbre.

-Le ofrezco los mejores servicios para su familiar-, gritaba una voz en el intercomunicador del edificio, mientras se escuchaban ruidos de fondo. Pensó en una broma de mal gusto pero, a la tercera, decidió llamar a la vecina para que la acompañara. Ésta llegó con la noticia de que dos grupos de zamuros de funeraria estaban en la puerta del edificio peleando entre sí para determinar quién había tocado primero el timbre del apartamento. Ese tendría derecho al trabajo básico y complementario: transporte, urna, flores, misa de responso y canto final opcional. En efecto, su esposo había llegado muerto cuatro horas antes al hospital, arrollado por una 4 x 4 conducida por un borracho que no fue identificado ni capturado. Los zamuros habían encontrado, en el bolsillo de atrás del pantalón del muerto, la dirección de la viuda en la libretita de teléfonos.

II

Gracias a un contrato de exclusividad, el traumatólogo que atendía a los pacientes y familiares, legales y naturales, empleados del Hipódromo Nacional, se enteró por la radio, un domingo en la tarde, que un jinete había caído aparatosamente y terminó enyesado en el periférico del oeste de la capital, el hospital más cercano al hipódromo, reconocido como un centro traumatológico de gran experiencia. De inmediato llamó por teléfono al médico de guardia de ese periférico, y ordenó: -Me lo mandan de inmediato en ambulancia a mi clínica. -Luego llamó a los médicos de su clínica: Al llegar me le quitan el yeso, luego le

hacen una radiografía y me llaman. Todos los enyesados de ese puesto de socorro necesitan reposición. Allá no saben poner yesos.

III

Un portero pasaba los viernes, sábados y domingos en la puerta de la clínica, sentado, caminando y conversando con los otros porteros, la telefonista y los camilleros de turno, tomando una cerveza por hora, a la espera del sonido de la bocina pegada de un taxi o la sirena de una ambulancia que trajera uno o varios politraumatizados. Cuando llegaban los heridos con acompañantes embriagados, o de la clase social D y E, o sin acompañantes, lo primero que hacía era ordenar al camillero, antes de permitir bajarlos del taxi o de la ambulancia, que les revisara la cartera para ver si tenían tarjeta de crédito con fecha valedera, certificado de alguna compañía de seguros reconocida, y finalmente les abría la boca para ver cuántos dientes o muelas tenían brillo dorado.

* Washington, 1939. Médico gastroenterólogo. Se graduó de Médico cirujano (1964) y de Doctor en Ciencias Médicas (1967) en la Universidad Central de Venezuela, donde trabaja desde entonces. Ha sido director de Escuela y decano. Es jefe del Servicio de Gastroenterología del Hospital Universitario de Caracas. Ha publicado 62 trabajos científicos y un libro de texto sobre su especialidad, además de una colección de cuentos, *Informes del Director de la Oficina* (1988) y una novela, *Anahitá* (1997).